

# OBRA MUERTA

*Colección Micra*



José Luis de Juan

# Obra muerta

editorial  minúscula  
BARCELONA

© 2016 José Luis de Juan Clar

© 2016 Editorial Minúscula, S. L.  
Sociedad unipersonal  
Av. República Argentina, 163 - 08023 Barcelona  
minuscula@editorialminuscula.com  
www.editorialminuscula.com

Primera edición: abril de 2016

Diseño gráfico: Pepe Far  
Imagen de la cubierta: © Pepe Far

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona  
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-943539-9-4  
Depósito legal: B-6.827-2016

*Printed in Spain*

*Para mis hijos J., C. y E.*



Y es en suma un modo como cualquier otro de resolver el problema de la existencia, el de acercarse lo suficiente a las cosas y las personas que nos parecieron de lejos bellas y misteriosas, para darnos cuenta de que carecen de misterio y belleza; es una de las medidas higiénicas por las que podemos optar, quizá no muy recomendable, pero que nos da cierta calma para pasar la vida, al tiempo que nos reconcilia con nosotros mismos persuadiéndonos de que ya hemos llegado a lo mejor y que lo mejor no era gran cosa; para resignarnos a morir.

Marcel PROUST

¡Oh, edad, edad!, ¿habrías muerto con más esperanza antes?

Elias CANETTI





Durante algún tiempo pensaba al acostarme que no vería la luz del día siguiente. Esta idea me parecía ridícula por la mañana al despertar sin haber soñado o no recordando nada de un posible sueño. Me pregunto qué me inducía a pensar en esa época en mi muerte. Entonces estaba casado, tenía dos hijas y trabajaba de redactor en un periódico. Solía llegar a casa después de medianoche. Mi mujer se iba a la cama alrededor de las once, leía un par de páginas de una novela que le duraba dos o tres meses y se quedaba dormida enseguida. Cuando yo me deslizaba entre las sábanas, intentando no hacer ruido (no hacer ruido ha sido siempre una de mis obsesiones, atravesar las cosas en silencio, y que los demás no sepan de mi presencia), ya era la una o

la una y media de la madrugada. Al llegar a casa del periódico me entretenía en la cocina preparando un zumo de frutas y mordisqueando unas galletas. Oía música de la radio, de piano o de violín, jazz en ocasiones, rumor de fondo para noctámbulos. Miraba por la ventana, vivíamos en un piso alto en el recodo de una avenida. Miraba los coches que arrancaban del semáforo, las sombras de las palmeras que proyectaban las farolas sobre el asfalto. Algunas veces me entraba ese sentimiento fatídico de la altura, cuando te ves abriendo la ventana y arrojándote al vacío en un impulso sincronizado, sin razón alguna. Imaginaba el vuelo nocturno, la caída, y sentía un horror físico. Me estremecía intentando cambiar de imagen, alejándome de la siniestra llamada de la ventana. Cómo conseguí no ceder a esa tentación gravitatoria todas aquellas noches es un misterio que me hace ahora sonreír. Al contrario que mi mujer, yo nunca leía al acostarme. La enorme can-

tividad de frases que debía leer todos los días me provocaban cansancio y cuando me tendía en la cama lo último que deseaba era abrir un libro. Prefería estar a oscuras, inmóvil. Aunque no me dormía enseguida. Conozco bien el insomnio. De niño me pasaba varias horas intentando conciliar el sueño. Al otro lado de la mesilla de noche dormía mi hermano desde hacía rato, mientras yo todavía estaba ocupado en discernir los objetos de la habitación acostumbrando mis ojos a la luz que se colaba por un resquicio de la puerta, que mis padres dejaban entornada. Me llegaban sus voces lejanas a través del pasillo. Mamá aparecía antes de irse a la cama y se asomaba para escuchar nuestras respiraciones. Yo permanecía inmóvil e imitaba el respirar profundo y automático de mi hermano mayor. A veces yo era el único en la casa que estaba consciente en la noche y eso me producía una extraña sensación, orgullosa y abismal, de ser la única persona de veras con vida de

la familia, que es lo mismo que pensar que era el único que ya había muerto. Quizá por eso aparezco en las fotos de esos años con unas lánguidas ojeras, algo que he heredado de mi madre. Ojeras bajo ojos distantes que parecen mirar hacia abajo desde cierta altura, como miraba el movimiento de los coches en la avenida años después, o una silueta que pasaba, o las aceras desiertas, imaginando cada noche que algo me empujaba más allá de la ventana. El ritual de aquellas veladas era siempre el mismo: llegaba con el coche del periódico, aparcaba en el sótano del edificio, subía en el ascensor nueve pisos, abría la puerta sin hacer ruido, como un ladrón (no soporto a las personas que meten barullo en todos sus movimientos; al abrir o cerrar una puerta, al bajar escaleras, al pasar las páginas de un periódico); me dirigía a la cocina, que estaba a tres pasos de la puerta de entrada, tomaba dos naranjas y un limón, hacía un zumo con un exprimidor manual a base de

vigorosos movimientos de muñeca, lo bebía, limpiaba el vaso, lo dejaba en el escurreidor; entraba en la sala, que tenía una forma irregular y cinco ventanas, me acercaba a la ventana de la derecha, la que daba a la montaña, y miraba hacia abajo, hacia el semáforo y los coches. Permanecía así unos minutos sin abrir nunca la ventana, luego pasaba por las habitaciones de las niñas, despegaba un palmo la puerta con gran cuidado de no hacer ruido (me había descalzado antes de entrar en casa), escuchaba la respiración de las niñas, primero la pequeña y después la mayor, satisfecho seguía por el pasillo hasta la puerta de nuestro dormitorio, entraba en el vestidor, me desvestía con cuidado, pasaba luego al baño, me lavaba los dientes a oscuras, las manos, orinaba, y por fin me dirigía a mi lado de la cama, el derecho, me tendía boca arriba y cerraba los ojos. En pocos minutos, tras repasar algunos sucesos del día, conversaciones con colegas o algo que había escrito en un re-

portaje, entraba en otro estado de vigilia que parecía preceder al sueño, de hecho era casi el mismo que en las noches de insomnio, cuando no lograba dormirme hasta un par de horas antes de que sonase el despertador. Pero no me dirigía hacia el sueño sino a un estado mental estrecho, ceñido a mi inmovilidad, un estado de desapego y desconexión. Casi de estupor. Así permanecía un tiempo indeterminado. Quizá fuese ese estancarme en el umbral del sueño lo que convocaba la idea de la muerte. La sensación de no-existencia, que era parte de esa inmovilidad expectante, rígida –pues tenía los músculos en tensión, a la espera de algo, un salto, un ataque–, iba en ocasiones acompañada de escenas de tiempos pasados mezcladas con flashes intermitentes de una realidad deformada. A veces entraba en la antesala de un sueño porque volvía en mí, es decir, despertaba, y recordaba escenas o personajes que no obedecían a un pensamiento lineal y coherente, sino que más

bien eran ligeras incursiones oníricas. Es posible que la sensación de muerte inminente, ligada a un instante de apagón mental, naciera en el breve intervalo que separaba una de esas escenas en la frontera del sueño y el instante en el que yo cobraba consciencia de mi vuelta al presente despierto. Algunas veces, en tal estado, preparado para dormir pero al tiempo alerta ante cualquier estímulo interno que permitiera seguir pensando, aparecían en la pantalla de mi mente, de manera insegura, como si mis ojos enfocaran una lente empañada, personajes hacía tiempo olvidados, seres de otra dimensión temporal y vital. Podían ser adultos vistos en la infancia, niños del parvulario, chicas de la universidad con las que hice un trabajo, colegas entrevistados en una rueda de prensa, personas con las que había cruzado la mirada en la sala de espera del dentista. La oscilación pendular de la memoria a la imaginación, a un recuerdo en el que las palabras y las imágenes se fundían, se pro-

ducía con gran rapidez. Otras veces, eran personas de mayor calado, largo tiempo conocidas, pero ya entonces relegadas a estratos lejanos de la memoria. Me costaba cobrar esas piezas, y necesitaba concentrarme. Las iba cobrando como quien cobra un pez que ha picado el anzuelo a mucha profundidad: con lentitud, sin hacer ruido, temiendo que se revuelva y se pierda para siempre en las aguas densas, gélidas. Y en ese proceso iban apareciendo las emociones ligadas a la persona, fuese nostalgia, desafecto, rabia, indiferencia. Salía a la luz por fin y la reconocía por completo. Era, por ejemplo, un amigo que hacía tiempo no había visto, que había seguido un camino diferente al mío. Joan Delta, digamos. Una vez enfocado y reconocido, fijado en el archivo caprichoso de mi memoria, catalogado, tal vez me ponía a imaginar qué estaría haciendo ahora, si seguiría siendo más o menos el mismo (la experiencia enseña que las personas cambian muy poco, que tras décadas y



décadas pueden ser reconocidas por un simple ademán desde lejos, y sin ni siquiera verlos por un carraspeo, la manera de iniciar una frase), si habría cambiado de ciudad o de mujer. Lo que seguía nunca era igual. Podía recrearme un buen rato en recomponer su biografía en las partes desconocidas o apenas trazar un retrato robot de su vida y pasar a otro personaje que se cruzaba de repente como en una película muda de Buster Keaton, saltando con una sola pierna, antes de empezar a dormirme. En cualquier caso, en algún momento llegaba al asunto de mi muerte, como si supiese de pronto que pensaba en esos tipos olvidados porque yo estaba muerto. Y casi con seguridad en ese instante me dormía, veinte minutos o tal vez horas después de echarme en la cama junto a mi mujer. Luego, no puedo precisar cuándo, dejé de tener tantos problemas para dormir y esas sensaciones sobre la muerte desaparecieron. Hasta esta noche.